

EL FONDO LOCAL. Una nueva dimensión

Ultimamente, la sociedad ha sufrido ciertos cambios que han supuesto significativas transformaciones para los fondos locales de las bibliotecas públicas. Hay distintas razones que explican el desarrollo actual de estos fondos locales.

En primer lugar, existe una conciencia cada vez mayor de la importancia que tienen el estudio, la conservación, la difusión y la restitución del patrimonio cultural local. Hay un acceso a la cultura y a la participación en la vida local cada vez más generalizado. Se han multiplicado los centros de investigación y estudio locales ; por doquier existen sociedades históricas y grupos de estudio. Ello explica la recopilación de documentos locales que en distintas zonas han llevado a cabo algunas personas o instituciones, y distintas órdenes religiosas.

A su vez, ha habido una transformación metodológica. El talante sistematizador de principios de siglo ha propiciado el deseo de organizar y consolidar los estudios locales. Hoy disponemos de nuevos métodos para la investigación. Y ello nos ha aportado aspectos como el rigor en el trabajo y la sistematización en los procedimientos empleados.

Igualmente, una concepción interdisciplinar del saber humano ha hecho que la investigación histórica tradicional sea completada hoy con aportaciones procedentes del campo de la sociología, la psicología o la etnografía.

Las fronteras tradicionales entre los distintos campos del saber se vienen abajo y la mayoría de los actuales estudios tienden a ser multidisciplinares.

También las nuevas corrientes pedagógicas subrayan la importancia del conocimiento del medio en el que se vive, y afectan tanto a alumnos de primera enseñanza, como a los de instituto, universidad o escuelas superiores.

Por otra parte, la democracia ha traído consigo el interés de los gobiernos autonómicos y de las instituciones públicas para potenciar todo tipo de actividades y estudios que puedan contribuir a fortalecer la propia identidad.

Una demostración de la importancia que estos organismos dan a los estudios locales son los numerosos trabajos y publicaciones, de temática local, patrocinados por ellos.

La posible desaparición de la dicotomía entre biblioteca privada y biblioteca pública es otro factor a tener en cuenta, ya que las nuevas tecnologías nos dan acceso a una especie de biblioteca ideal al alcance de todo el mundo.

Los documentos de origen privado han visto crecer su importancia; las instituciones públicas se han concienciado de su responsabilidad en la preservación de materiales de origen privado que constituyen la historia y la cultura de una localidad, tanto como los papeles administrativos.

Finalmente, el fondo local no es únicamente la memoria colectiva. Es también información actual sobre hechos, situaciones y personas de la localidad. Se empieza a introducir en las bibliotecas públicas un servicio de información comunitaria actual (Community information), siguiendo modelos ingleses e italianos. Este tipo de servicio incluye, entre otros, información relativa a: ofertas de trabajo, asistencia social, cursos y seminarios, actividades culturales o información sobre servicios públicos y privados.

También esta información forma parte de la sección local de nuestras bibliotecas.

El fondo local hoy no es, pues, un material de segunda categoría. Existen, es cierto, unas limitaciones de espacio y de personal, pero debemos trabajar con los elementos de que disponemos; y para rentabilizarlos necesitamos unas pautas que nos ayuden a avanzar y especialmente a coordinar esfuerzos.

La noción de fondo local no tiene un área claramente delimitada. De hecho, la literatura profesional es especialmente parca sobre este tema.

No es difícil definir la parte de conocimientos de un fondo local. No es tan fácil, en cambio, delimitar la sección de ficción. A menudo, se aceptan como notables talentos que no tienen nada de tales, únicamente por su vinculación con el área geográfica local.

Lo que da carácter de local, pues, a un fondo es su aspecto geográfico, no la tipología de sus documentos. Que este fondo esté constituido por tesis, literatura gris, artículos de revista, fotografías, documentos audiovisuales o mapas, no quiere decir que forme un fondo local. Cualquier biblioteca puede disponer de documentos de este tipo sin poseer por ello una colección local. Un fondo de libros antiguos, raros y preciosos, no necesariamente es un fondo local. Lo que le da categoría de tal es su pertenencia a una área geográfica determinada. Se trata de una documentación especializada en cuanto a su contenido, no en cuanto al tipo de documento.

Podríamos decir que el fondo local es la sección de la B. P. formada por el conjunto de documentos relacionados con un área geográfica determinada, que tiene por objeto recoger, organizar, conservar y divulgar los materiales bibliográficos, hemerográficos, gráficos y audiovisuales de la localidad. Es decir, todo lo que es conocimiento de la zona en el pasado, noticia en el presente o pueda ser de utilidad para los historiadores del futuro.

Un fondo local es un lugar de encuentro entre un conjunto de documentos específicos y un conjunto de usuarios. La dificultad está en organizar este encuentro, en facilitarlo, en hacerlo fructífero. Generalmente, una vez el documento instalado en los estantes, y una vez el lector instalado en una cómoda mesa, el problema del encuentro entre lector y documento se considera resuelto. Y no ha hecho más que empezar.

Un fondo local no es sólo un espacio dónde el lector se sirve o es servido. Es, además, un conjunto de servicios que el lector espera encontrar y a los cuales tiene derecho. Estos servicios, cada vez más, van en aumento y se multiplican: fotocopadoras, teléfonos y telefax, microordenadores en alquiler, interrogación a bases de datos, acceso a Internet, centros de información diversos, salas de trabajo en grupo. Y es tarea del responsable del fondo local no sólo poner en contacto al usuario con los distintos servicios, sino también procurar que éste, el usuario, llegue a sacar de ellos el máximo provecho posible.

En definitiva, un fondo local, con su espacio propio y su área específica, puede ser considerado una biblioteca nacional local, con todos los condicionamientos de adquisición, catalogación, divulgación y gestión que ello comporta. Como fondo de biblioteca nacional debe recoger todo lo concerniente al lugar, realizado en el lugar, elaborado por gente del lugar o redactado en la lengua del lugar.

El fondo local va dirigido al usuario de todos los niveles. Por él se interesan niños en edad escolar, grupos locales, profesores que buscan materiales para desarrollar un tema, especialistas que estudian la evolución histórica o actual de un determinado aspecto local, economistas, periodistas, políticos, científicos, etc.

La mayor parte de su fondo es único e insustituible ya que muchos de sus documentos son de naturaleza física endeble y su adquisición es casi imposible de llevar a cabo una vez terminado el acontecimiento al cual se refieren.

Los campos temáticos de un fondo local pueden ser tan amplios como los de una biblioteca pública. Pero su proporción es distinta: la historia, la geografía y las costumbres son las materias más abundantes en un fondo local, mientras que la filosofía, el derecho o la política acostumbra a estar poco o nada representadas.

La multiplicación de soportes existentes hoy en el mercado no significa que cualquier soporte sea adecuado para cualquier campo. Cada mensaje necesita de un soporte apropiado. Debemos preguntarnos al adquirir un documento para el fondo local: qué soporte, ciertamente, pero para qué mensaje?

Los tipos de soporte, igual que los campos temáticos, no están repartidos de modo igualitario en un fondo local. Así:

Entre el material impreso, las monografías no son precisamente su parte más abundante.

Las publicaciones periódicas, en cambio, ocupan un lugar importante, ya sea en forma de revistas, ya sea en forma de boletines o anuarios de asociaciones locales. Por ejemplo, las revistas locales de corta duración que en un primer momento podríamos juzgar de poco valor, resultan, a veces, las más importantes ya que nadie más que el fondo local considerará de interés su conservación.

Gracias a los audiovisuales, la música, esta asignatura pendiente hasta hoy en nuestras bibliotecas, ha entrado en ellas y, naturalmente, forma parte también del fondo local. No lo olvidemos.

Otro tipo de soporte de innegable valor es el vídeo, gracias al cual podemos conservar no sólo las imágenes, sino los sonidos y el movimiento de los distintos aspectos locales.

El estudio de las viejas costumbres y formas de vida es cada vez más urgente. Hay que recogerlas antes que las modas unificadoras de la sociedad industrial borren todo indicio de peculiaridad.

En una sociedad cada vez más cosmopolita, en la que la rapidez de las comunicaciones facilita el intercambio y la influencia entre culturas distintas, es necesario recoger todo este material antes de que se unifique definitivamente. El vídeo es el soporte ideal para recoger esta clase de información.

Además, el fondo local contiene un tipo de documentos que le son propios. Me refiero, evidentemente, al material efímero, rey de esta sección : grabados, folletos, catálogos, fotografías, programas, pasquines, críticas literarias o de espectáculos, literatura gris, constituyen la parte más específica de un fondo local. Una colección de carteles anunciadores de funciones de teatro, por ejemplo, con los nombres de las compañías y los repartos, los precios y lugares de actuación, forman una historia del teatro local.

Esta memoria popular que es el fondo local, no sólo sirve para ser conservada como elemento de estudio, sino que es la fuente de información en la que se apoyan los movimientos populares en momentos de crisis. Así, encontramos en los fondos locales constancia de contestaciones populares a regímenes no deseados por el pueblo.

La historia oficial la escriben los vencedores. La historia real, la que va de boca en boca o la que canta o sufre el pueblo, ésta la encontramos en las secciones locales de nuestras bibliotecas.

Después de nuestra guerra civil, por ejemplo, todas las bibliotecas sufren una depuración hecha siguiendo las "Normas de Selección de Libros en la Biblioteca Pública", normas procedentes de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas de Madrid.

En las distintas localidades se reciben listas de libros que hay que retirar de los estantes de las bibliotecas.

Hay autores que ven prohibida toda su obra: J. Ortega y Gasset, R.J. Sender, T. Mann, B. Russell, A. Dumas, J. Cocteau, ... Y, evidentemente, todos los autores rusos: M. Gorki, A. Tchajkovski, A. Tolstoi, ...

Se retiran obras como La agonía del cristianismo, de M. de Unamuno, o El discurso del Método, de Descartes. Incluso libros tan inocuos como La llamada de la selva, de Jack London o la inolvidable serie de El Corsario Negro, de Emilio Salgari, de la que todos los que gozamos de una juventud acumulada tenemos un grato recuerdo. Se crean los infiernos en las bibliotecas.

En Catalunya, sólo fué posible salvar los autores catalanes, arguyendo que formaban parte de los distintos fondos locales. Y muchos de los autores no adictos al régimen o calificados por éste de perniciosos, pudieron ver salvadas sus obras gracias a su inclusión en fondos locales basándose en el argumento de una relación más o menos lejana con la localidad, a partir de su edición o de su impresión.

No conozco la situación en Euskadi, pero me imagino que pudo ser similar.

Un país que se rehace lo primero que busca es su historia, sus tradiciones, su lengua ; y uno de los lugares donde encontrar información y ayuda es, sin duda, el fondo local de sus bibliotecas.

Asimismo, en todas las colecciones locales encontramos numerosos documentos relacionados con la Iglesia ya que en nuestro país la religión ha ejercido un papel substitutorio en muchos campos. Y ha estado siempre presente en el momento de reafirmación de un pueblo.

Desde fines de los años 80, la carga cada vez más pesada de la crisis económica, las dificultades financieras que marcan los presupuestos de las ciudades, repercuten en un replanteamiento del trabajo en el terreno cultural. Las políticas socioculturales se encuentran fuertemente marcadas por este nuevo contexto de una política de rigor económico.

Política bibliotecaria, política cultural y política económica estan, desde ahora, estrechamente unidas.

Si contemplamos las presiones económicas que deben afrontar los responsables de los fondos locales hoy en día, veremos que son numerosas. Existe mucha menos riqueza en el sector público y también mucha menos en el privado, de modo que debemos gestionar mucho menos dinero precisamente ahora que el volumen de publicaciones que se edita anualmente, va creciendo, tanto en forma de libro como de publicación periódica. La variedad de soportes de la información también aumenta: libros y periódicos deben compartir con soportes audiovisuales, soportes electrónicos y acceso en línea. No solamente debemos tratar más información con menos dinero, sino que el público espera más de las bibliotecas a medida que la revolución electrónica avanza. Sus demandas se vuelven cada vez más numerosas y complejas. Por tanto, tenemos, a la vez, más usuarios, más información, más demandas y menos recursos. Una nueva gestión se impone. Hay que buscar otros recursos financieros alternativos y controlar mejor los gastos.

Para enfrentarnos a este nuevo reto, el económico, disponemos hoy de dos armas: la colaboración con otras instituciones y los avances técnicos.

En cualquier localidad, el conjunto que llamamos cultura abarca distintas instituciones. Aparte de las privadas, cuyos fondos son de un innegable interés para una colección local, las más representativas entre las instituciones públicas son : las bibliotecas, los archivos y los museos.

Archivos, museos y bibliotecas afrontan problemas comunes: el de su inserción en el espacio urbano, el de la respuesta a la demanda social y el de su actitud frente a las restricciones económicas. Jugando con su estructuración interna para innovar y adaptarse a las nuevas condiciones, abordan de distinto modo el desafío de formular un nuevo proyecto político, coherente y convincente.

Pero si se considera la imagen pública de cada tipo de institución y la importancia simbólica que se le da, vemos enseguida las diferencias.

Tradicionalmente, se asocia la idea de archivo a la de manuscrito, la idea de museo a la de objeto, y la idea de biblioteca a la de documento impreso. Pero éstos son conceptos muy estereotipados que es necesario matizar. Podríamos decir, más bien, que los archivos se caracterizan por su vocación administrativa, los museos por la riqueza de sus fondos, y las bibliotecas por ser, hoy, el pilar de la vida cultural municipal.

Las secciones locales de las bibliotecas participan a la vez, de la lógica de los museos, que conservan de modo sistemático todo lo que adquieren, y de la de los archivos que seleccionan drásticamente antes de conservar. El patrimonio de las bibliotecas no puede, pues, ser asimilado ni al de los archivos, ni al de los museos.

Tampoco su coste es determinante en el momento de valorar una institución : "el servicio más caro no siempre es el más útil, ni el más modesto el menos eficaz o el menos querido por el público." (1). Pero debemos huir de establecer una jerarquía de los servicios, fundándonos en su coste.

No queramos comparar estas tres instituciones con criterios de mejor o peor. Cada una cumple su papel en la sociedad cultural de su localidad, y cada una debe medirse con criterios propios. Es el conjunto de todas ellas lo que dará a la localidad su propia calidad cultural.

La biblioteca, y con ella su fondo local, tiene sobre los museos y los archivos la ventaja de haber sido concebida en un contexto de servicio al público. Su organización le permite no sólo recoger material, sino también ofrecerlo a los usuarios ya que tiene una infraestructura que le permite difundir la información mucho mejor que las demás entidades locales. Disfruta, por ejemplo, de un generoso préstamo y de amplios horarios de atención al público.

Hoy ningún colectivo puede recoger toda la documentación que una localidad genera. Es materialmente imposible hacer frente a la ingente cantidad de información local que aparece cada día. Pero sí puede y debe disponer de los instrumentos necesarios para cooperar con otros centros, bibliotecas o instituciones similares. Para ello debe, ante todo, considerar la existencia en la zona de otros grupos de estudio o entidades con fondos locales: bibliotecas, archivos, museos, ayuntamientos, ... y decidir, de común acuerdo, qué material recoge y guarda cada uno, evitando así la duplicación de esfuerzos. Es necesaria, pues, una política conjunta de adquisiciones.

Igualmente hay que adoptar la utilización de técnicas comunes al tratar los documentos locales en las distintas instituciones, si queremos intercambiar información y llevar a cabo una labor conjunta, coherente y eficaz. Por ejemplo, las nuevas técnicas que se aplican en el tratamiento de los fondos generales en casi todas las bibliotecas no son apropiadas cuando se trata de fondos locales. Se pueden y se deben recoger los documentos menores, pero no es posible asegurar de ellos un tratamiento individualizado. En este caso concreto, los archivos han servido de ejemplo brindando una solución a la medida del problema planteado: tratar la información por conjuntos homogéneos de documentos.

Un problema con el que deben enfrentarse las instituciones locales es el de la conservación de sus fondos. Una conservación total, eliminaría de entrada toda consulta. Y una consulta indiscriminada pondría en peligro la conservación de documentos únicos e insustituibles.

Un documento de fondo local es un objeto frágil, siempre en peligro, pero que a la vez debe estar a disposición de los verdaderos especialistas, que no siempre pueden contentarse con reproducciones.

Un fondo local debería tener dos niveles : uno de consulta en libre acceso -- ya sea de los propios documentos o de reproducciones de los mismos -- y otro de conservación de documentos originales, específicos e irremplazables. Las nuevas tecnologías lo van a permitir, al facilitar las reproducciones a precios accesibles.

Se decide conservar anticipándose a los usos futuros de la información, aplicando ciertos juicios sobre lo que merece o no merece la pena de ser conservado. Seleccionar es también aceptar el riesgo de una eliminación irremediable.

Al diseñar una política de conservación de documentos locales debemos tener en cuenta las necesidades de los distintos tipos de usuario. Para un historiador puede ser de gran valor un documento de archivo específico, mientras para un lector corriente lo difícil de consultar es el periódico local del día anterior, imposible de encontrar ya en ningún kiosco.

La necesidad reconocida por todos, de asegurar la conservación de los documentos, convierte en vital la cooperación entre los distintos profesionales, para definir una política concertada de conservación de documentos. Y determinar, de común acuerdo, los criterios de orientación de los fondos, ya sean públicos o privados.

La historia local, precisamente, parece ser un buen ejemplo de lo que una cooperación y un acercamiento entre profesionales podría ser. Se concretaría en proyectos llevados de modo colectivo, preservando a la vez la aportación individual de cada institución.

Se pueden entrever ciertos grados de colaboración : un proyecto de edición compartida entre una biblioteca y un museo, la organización de exposiciones conjuntas entre distintos grupos locales, o el compartir recursos documentales, son ejemplos de la labor que podría llevarse a cabo conjuntamente. Con estas colaboraciones se captaría, además, el interés de un público más amplio que el que acude normalmente a un acto organizado por una sola institución. La realización de estas colaboraciones depende más de un modo de ser y de una voluntad de llegar, que de condiciones ligadas a procesos administrativos.

Otra cooperación importante, no lo olvidemos, es la de grupos locales o personas particulares. Existe todavía en nuestro país una idea de cultura igual a gratuidad, y los distintos fondos locales disfrutan del favor de distintos colectivos o personas dispuestos a cooperar en el campo local, sin pedir compensación alguna. Lo sabemos muy bien los bibliotecarios que hemos trabajado en secciones locales. Muchas veces, un erudito local, un historiador, un artista, nos han aportado al fondo local documentos únicos, imposibles de obtener por otros caminos. Igualmente, es de alabar el trabajo de investigación y estudio llevado a cabo por distintos grupos de estudiosos en colaboración con las bibliotecas. No debemos desaprovechar esta oportunidad de colaboración.

Por otro lado, los avances técnicos nos ofrecen unas posibilidades inmensas. Citemos algunas. La primera de ellas es, seguramente, la fotocopiadora. Cuando su precio descienda y tanto las bibliotecas como los distintos centros puedan ofrecer fotocopias en color a precios asequibles para el gran público, quizás veremos, sinó resuelto por lo menos sí aminorado, el problema de los continuos recortes de láminas.

Otro medio para difundir la información, sea local o no, es la utilización del teléfono y del fax. Junto con el correo, es uno de los medios más usados por la mayoría de las grandes bibliotecas anglosajonas.

Hoy tenemos también recurso a la micrografía. Una buena solución en un fondo local, es microfilmear los documentos delicados. En este caso, sólo hay necesidad de consultar los ejemplares originales, ocasionalmente. Es decir, cuando lo que interesa es el aspecto físico del documento.

La informatización es otra de estas grandes posibilidades. Gracias a ella, un fondo local puede ofrecer listas de referencias, bibliografías de obras disponibles, catálogos de otros centros locales, colecciones de prensa, sumarios de revistas, etc. Igualmente, a través de ella, el fondo local puede dar información sobre centros de documentación especializados o asociaciones y servicios existentes en la zona.

La informatización no es la solución a todos los problemas que los centros tienen planteados. Para que un centro sea actual no basta con informatizarlo. Pero sí que la informatización es una gran ayuda ya que, gracias a ella, se puede ofrecer más fiabilidad, más rapidez y, como consecuencia, mejores servicios al usuario.

El CD-ROM constituye un progreso considerable sobre los soportes existentes, y ofrece amplias perspectivas de futuro, ya que permite registrar miles de páginas y ofrece información en texto, imagen, sonido y movimiento. Cada vez son más las obras que se editan a la vez en formato impreso y en formato electrónico.

Se podrían poner a disposición del público, y en libre acceso, CD-ROMs ofreciendo, por ejemplo, un fondo de carteles y postales del fondo local o las revistas más consultadas, cosa que facilitaría, a la vez, la difusión y la conservación de documentos que por su superutilización, su rareza o su volumen son difíciles de manejar. Y sería un progreso notable en relación al microfilm, de difícil manejo en la lectura pública.

El usuario de Internet ya no es un consumidor pasivo, como lo es el que lee un libro y sólo puede escribir anotaciones al margen. El usuario de Internet se sitúa necesariamente en una posición no sólo de escritor, ya que posee un teclado que puede actuar sobre el texto que está leyendo, sino también de editor, ya que puede interpolar textos, imágenes y gráficos.

Soñemos un poco : La fase más interesante de este proceso empezará cuando las líneas de gran velocidad permitan comunicar en línea, y desde cualquier punto del país, las imágenes contenidas en los distintos documentos. El día que eso sea factible, dispondremos de un buen catálogo de imágenes procedente de los fondos locales ricos en postales, carteles, grabados y fotografías.

Las bibliotecas funcionarán como agencias de noticias y las secciones locales suministrarán a distancia textos e imágenes por encargo y en pocos segundos.

Existe, cada vez más, una tendencia a la desmaterialización de los centros de estudio. Las informaciones ya no son tangibles por sus soportes, ya que éstos desaparecen. La biblioteca virtual transforma el papel del bibliotecario; éste se convierte en "cibertecario".

Un centro sin libros es hoy perfectamente imaginable: existen ya algunos ejemplos en el Japón.

No hay duda que la práctica de estos nuevos métodos de trabajo induce a nuevos modelos de lectura.

Como nos dice Michel Melot : "Estos nuevos métodos nos aportan una nueva lectura, sin ninguna duda, una nueva pedagogía, quizás, por qué no?, una nueva moral."

Pero volvamos a la realidad. Algunos de estos servicios, incluso siendo optimistas, son tan caros que se tardará tiempo en poderlos utilizar normalmente en nuestros fondos locales.

Por otra parte, los nuevos métodos facilitarán el acceso a la información, es cierto, pero el libro, tal como hoy lo conocemos, no morirá. Simplemente, compartirá. El libro, hasta hoy pilar de nuestra cultura individual y colectiva, ya no es único en representar este papel. La nostalgia del pasado y el miedo al porvenir son malos consejeros. El libro debe encontrar una identidad propia en la revolución de los medios de comunicación; aceptar la confrontación, la competencia o la alianza con los productos de la edición electrónica. Debe integrarse francamente a la nueva sociedad multimedia y aportar a ella su innegable valor. El libro subsistirá simplemente porque es el más manejable de todos los instrumentos de lectura. El objeto libro transmite, además, otros mensajes: la calidad de su papel, de su tipografía, de su ilustración, de su encuadernación. Todos estos aspectos, de algún modo, asumen una parte importante del mensaje.

Las nuevas fronteras ya no pasan hoy entre el libro y los demás productos culturales. Sinó que pasan entre los productos de calidad y los otros, sea cual sea su soporte, y sean libros o no.

Con los elementos de que hoy disponemos, debemos tener muy claro que nuestras secciones locales deben continuar siendo un lugar donde puedan coexistir todos los soportes de comunicación (escritura, imagen, sonido, electrónica). Pero su finalidad no cambiará: dar información sobre la vida local de la zona.

En una sociedad que avanza tan deprisa como la nuestra, en la que todo es provisional, en la que cuando hablamos del día de mañana nos referimos al año que viene o, como mucho, a 4 años vista, tenemos necesidad de sostenernos en algo sólido, necesidad de conocer de dónde venimos, cuál es nuestra historia, nuestras costumbres. Y eso, nos lo ofrece el fondo local.

La biblioteca del futuro quizás comunicará información por pantalla y a domicilio, pero el fondo local será uno de los polos más necesarios de la sociedad mecanizada.

Cuanto más informatizada esté nuestra sociedad, más se sentirá la necesidad de un lugar donde poder recabar la información local. Y aquí juega un papel importantísimo la figura del responsable del fondo local, conocedor y difusor de dicho fondo.

Hoy, el responsable de un fondo local ya no es aquel señor encerrado en su despacho catalogando y clasificando los libros y revistas que le llegan. El responsable actual es sobre todo un informador, un difusor de la información que, gracias a las nuevas técnicas, el fondo local posee o puede poseer.

Como consecuencia, la credibilidad del responsable de un fondo local no se mide hoy ya, únicamente por sus competencias técnicas y profesionales, sino igualmente por su capacidad de gestión.

El mundo a su alrededor está en continua mutación y le induce a nuevos roles, a nuevas dimensiones, nacional, mundial, que no han sido necesariamente ni escogidas ni previstas.

Hemos de aceptar, aunque parezca un contrasentido, que el cambio es hoy una forma permanente de vida. Ello implica que el responsable de un fondo local debe estar preparado para los continuos cambios. Sé que muchas veces esto no es fácil. Existe un lastre pesado y difícil de mover. Pero de esta adaptación a los continuos cambios depende que el fondo local continúe siendo un fondo consultado y siga despertando el interés de sus conciudadanos.

Lo importante es enseñar a aprender y a obtener información, cosa que la economía está haciendo inevitable y la tecnología electrónica está haciendo posible.

Hay que planificar pero, siempre que ello sea posible, esta planificación debería hacerse conjuntamente con las distintas instituciones de la zona. Además, es necesario que la planificación sea flexible, para que pueda así adaptarse a los distintos cambios.

Eso quiere decir que las personas que dirigirán las secciones locales del futuro deberán asumir muchas más responsabilidades de las que asumen hoy. Tendrán que combinar el arte de las relaciones humanas con los conocimientos técnicos. Deberán ser verdaderos profesionales con un elevado grado de visión de futuro y de capacidad de gestión.

Podríamos preguntarnos con Anne-Marie Bertrand (2): "¿Cómo proteger nuestros fondos locales del vértigo de la velocidad y de la locura de lo efímero? ¿Cómo preservar este espacio de libertad, de gratuidad intelectual? ¿Cómo luchar contra las tentaciones del todo tecnológico, de la racionalización a ultranza? ¿Cómo ser moderno, eficaz, y salvaguardar a la vez lo que hemos heredado de nuestros antepasados, esta lenta transmisión del saber, esta humilde construcción permanente de la cultura?"

Nuestros fondos locales conservan la memoria colectiva de la localidad. Constituyen, pues, el patrimonio de hoy y de mañana.

Los profesionales tenemos una gran responsabilidad, ya que los fondos locales de nuestras ciudades o pueblos serán lo que hagan de ellos conjuntamente el público, los representantes políticos y los responsables de nuestras secciones locales.

1. Pierre Moulinier. "Archives, bibliothèques, musées." Bulletin des Bibliothèques de France. 39, nº 5 (1994), p. 16-23 (p.17).
2. Anne-Marie Bertrand. "La Médiathèque questionnée." Bulletin des Bibliothèques de France. 39, nº 2 (1994), p. 8-12 (p. 12).

Tiana, febrero 1996.